



AÑO II

← BARCELONA 15 DE ENERO DE 1883 →

NUM. 55



ELVIRA, cuadro por Juan de Beers

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS
—JUAN CIGARRON, cuento de magia blanca, por D. Casto Vilar.
—JUGAR CAÑAS, por D. Julio Monreal.—NOTICIAS VARIAS.
—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—ELVIRA, cuadro por Juan de Beers.—UNA MURGA
EXTRAVIADA, cuadro por Edmundo Tetzner.—EL PRIMER PASO,
por L. Crosio.—BUSTO DE BRUTO, por Miguel Angel.—Lámina
suelta: ATAQUE DE MUNICH POR LOS CAMPESINOS EL 25 DE
DICIEMBRE DE 1705, cuadro por F. Defregger.

REVISTA DE MADRID

La última ascension del capitán Mayet.—¡Será eterno!—Los ve-
hículos de Madrid.—Protesta del comercio.—Una locomotora
musical.—Despedida á Gayarre.—De la plaza de Toros al teatro
Real.—Una frase de Fernandez y Gonzalez.—*La Africanita*.

Parece que estamos condenados á Mayet perpétuo.
«No hay sábado sin sol» decían, no sé con qué fun-
damento, nuestros antepasados.

Con más razón podríamos decir nosotros ahora: «No
hay domingo sin ascension de Mayet.»

Este audaz aeronauta parece ya un componente de
nuestra atmósfera; y le vemos flotar en los aires como si
fuese una parte integrante del equilibrio planetario.

El público acogió al principio con extraordinaria curio-
sidad aquella especie de cetáceo de los aires que se ele-
vaba á fuerza de humo á considerables alturas. Todo
Madrid habia estado con los ojos y la imaginacion
pendientes de aquel trapecio en que iba haciendo evolu-
ciones el aeronauta Mayet con una intrepidez verdadera-
mente admirable. Los médicos tuvieron que curar una
infinidad de *tortícolis*; y hubo hombre que llegó á adqui-
rir ideas elevadas nada más que con estar tanto tiempo
mirando al firmamento.

Pero como todo cansa en este mundo, hoy la reputa-
cion de Mayet ha decaído bastante.

Ya no promueve aquellas oleadas de espectadores que
corrian hácia las afueras de Madrid siguiendo al Mont-
golfier que se cernía en el espacio, y tratando de adivinar
el punto donde iba á caer aquella hinchada mole de per-
calina.

Hoy el aeronauta tiene que anunciar su espectáculo
diciendo «última ascension» á fin de que la gente acuda
á tributarle los honores de la despedida.

Pero ¿cuál es la última? Han pasado ya varios días de
fiesta, en cada uno de los cuales he visto anunciar la pos-
trera salida de Mayet por nuestro horizonte; y hasta tal
punto se enredan mis ideas sobre esta cuestión *ordinal*,
que algunas veces se me figura el tal Mayet un enviado
del cielo para inculcarnos aquella máxima evangélica de
que «los últimos serán los primeros.»

Los periodistas que de buena fe damos crédito á lo
que nos dicen los empresarios de espectáculos públicos,
tenemos ya el corazón lastimado de tanta infraccion có-
metida en contra del octavo mandamiento, y no nos atre-
vemos á dar á Mayet el nombre de capitán con que al
principio se le designaba por miedo de que nos desmienta
probándonos que ni siquiera es soldado raso.

Yo temo que el globo de M. Mayet llegue á eternizar-
se en nuestros aires... nacionales.

Pasarán años y más años, y todavía los nietos de Du-
cazal emprenderán ascensiones en compañía de los deu-
dos venideros del intrépido aeronauta. Cada día se
anunciará la última ascension... y la última no llegará
nunca.

El globo que por sus numerosos remiendos parece ya
un veterano lleno de cicatrices, sufrirá aún nuevos reve-
ses: envejecerá, pero no se rendirá.

¡Confío en que le hemos de ver algun tiempo andar
por los aires con báculo ó con muletas!

* *

De los globos, no se quejarán nunca los comerciantes,
como se quejan de los vehículos de todas clases que circulan
por Madrid.

Hay plétora de locomocion; y con las tranvías, coches
Rippert, ómnibus Oliva y otra diversidad de carruajes
que obstruyen ó entorpecen constantemente la vía públi-
ca, es un verdadero milagro que el transeunte vuelva á
su casa sin haberse dejado entre las ruedas ó los pies de
los caballos alguna parte de su individuo.

Madrid es raquítico para tanto movimiento: sus calles
por regla general son estrechas y mezquinas, y pretender
que por ellas se verifique el trasiego, cada vez más formi-
dable, de tanta animacion, de tanto bullicio, de tanta
vida, me parece lo mismo que si en el lleno de la edad
madura pretendiéramos meter piernas y brazos dentro
de las ropas que usábamos cuando niños.

Así es que los comerciantes de algunas calles de Ma-
drid tienen razón: el excesivo tránsito de carruajes les
perjudica. La gente pasa por esas calles sin pensar en
otra cosa que en el «Morir habemos» de los trapenses.

Llegar á su casa con el corazón palpitante de gozo,
abrazar á toda su familia, y exclamar dejándose caer
sobre un sillón:

—«Por fin he salido ileso!» equivale para el transeun-
te de las calles de la Montera, Fuencarral ú Hortaleza á
haberse internado en el Congo y haber salido con vida
de entre los mil peligros que ofrece el interior de Africa.

La salud de los madrileños estriba en una sola cosa.
¡Hacernos todos conductores de carruajes.

Y entonces nuestra sociedad ofrecerá un espectáculo
maravilloso. No habrá nadie que necesite ser guiado.

¡Todos seremos guías!

* *

La afición á la música cunde extraordinariamente.
Rueda por las calles de Madrid un organillo de tan
colosales dimensiones que parece un castillo feudal más
bien que un conjunto de instrumentos.

Cuando empieza á tocar invaden los ámbitos de la calle
sonoridades incomprensibles, chorros de armonía, por
decirlo así, que repiquetean en nuestros oídos como si
tuviéramos junto al timpano las trompas de Jericó.

Pero aún hay más: el otro día me aseguraron la exis-
tencia de locomotoras de ferro-carril, completamente pre-
paradas para tocar sonatas á medida que devoran el
espacio.

El descubrimiento se hizo en esta corte, por pura
casualidad, como todas las cosas que se descubren.

Una locomotora se negó á lanzar los silbidos de cos-
tumbre.

El maquinista estaba desesperado.

—¡Yo no silbo!—dijo la locomotora.—No hago ese
agravio al insigne tenor que va metido en uno de los
wagones.

Entonces se comprendió el motivo. En el tren iba
Gayarre, que despues de festejado por sus numerosos
admiradores, se dirigía á Nápoles donde ha de cantar
próximamente.

Y parece que en el gran debate sobre Gayarre y Masi-
ni, hasta las locomotoras han tomado parte.

La máquina á que me refiero era gayarrista; y por esto
se negó á silbar rotundamente, no fuera cosa que su tenor
favorito tomase aquellos silbidos por protestas.

En cambio al cruzar unas montañas que daban al cua-
dro de la naturaleza el carácter de un paisaje suizo, la
locomotora empezó á soltar por la boca de su chimenea
la sinfonía de Guillermo Tell.

Era una serenata en honor de Gayarre.

Los cinco hilos telegráficos que costeaban la vía for-
maban el pentágono del papel de música, y en las esta-
ciones donde paraba el tren el empleado que tenia que
anunciar el nombre de la poblacion, los minutos de
parada y la existencia de la fonda, hacía tan melodiosa-
mente que á los viajeros les daban gana de gritar:

—¡Otra!... ¡otra!... ¡Que se repita!

Un viajero me decía:

—Jamás he comido con tanto apetito como al parar
durante un *entreacto* en una fonda del tránsito. Sobre to-
do en obsequio á Gayarre, nos dieron unos *dós* de pe-
chuga que todavía me estoy chupando los dedos.

* *

Tal vez todo esto que acabo de referir sea pura fantasía.
Yo me lavo las manos.

Me lo ha contado un ferviente admirador del torero
conocido con el nombre de *Toledano* y que se ha corta-
do uno de estos últimos días la coleta para dedicarse al
canto. Ya lo he dicho ántes, la filarmonía cunde; y des-
de el momento en que se reclutan los sacerdotes del arte
musical en las plazas de toros, no será extraño hallar
algun *Miura* ilustrado que le diga al espada dispuesto á
descabellarlo:

—¡Oiga usted, amigo mio; no consiento morir si no
me mata usted de acuerdo con las reglas musicales de
Wagner!

La coleta sacrificada por el *Toledano* de hueso dulce
en aras del arte de Bellini me recuerda por la analogía
del nombre el papel que desempeña el actor Sanchez de
Leon en la revista titulada *De todo un poco* que se repre-
senta días ha con gran éxito en el teatro de la Comedia.

En ella dicho artista parodia admirablemente al actor
isaliano Cola cuya vanidad es proverbial y á quien sin
embargo humilló con uno de sus rasgos notables el no-
velista Fernandez y Gonzalez.

Voy á referirlo.

Durante la última temporada de compañía italiana en
Madrid, el actor Cola rogó á Sanchez de Leon que le
presentara algunas notabilidades españolas.

La ocasion se presentó pronto. Paseando un día Cola
y Sanchez de Leon por la calle de Sevilla, vió éste úl-
timo venir á Fernandez y Gonzalez.

—Ahora voy á presentar á V. una notabilidad nuestra
—dijo el actor español al italiano.

Y parando á Fernandez y Gonzalez le dijo:

—¡Don Manuel! Tengo el gusto de presentar á V. al
galán joven italiano Sr. Cola.

Y luégo dirigiéndose á Cola:

—El Sr. Fernandez y Gonzalez, autor del *Men Rodri-
guez de Sanabria*, del *Cid*, de la oda á *Lepanto*...

—No se cansa V., —interrumpió Fernandez y Gonza-
lez...—¡Si sabe quién soy!... ¡Si en Italia me conocen á mí
más que en España!... ¿no es verdad, *Colilla*?

* *

La anterior frase revela un amor propio mayor aún que
el de los autores de *La Africanita*, zarzuela que ha promo-
vido durante cuatro noches grandes desórdenes en el tea-
tro y circo de Price.

La obra en cuestion ha sido en extremo ruidosa. El
circo de Price tiene algo de plaza de Toros. Durante el
verano trabajan en él artistas ecuestres, titiriteros, *clowns*
y animales sabios... El público acude allí á *cercear* con

toda libertad al payaso que no le hace gracia, ó al funám-
bulo que hace juegos ya conocidos.

Pero cesan los calores, la atmósfera se enfria, caen las
hojas, y entonces los dependientes del Circo de Price
levantan la alfombra del redondel con la facilidad con
que los vientos arrebatan las hojas secas, colocan las
butacas y el inmenso circo queda convertido en teatro.

Las extensas graderías dan al local un aspecto de circo
taurino, y alentado por esta analogía, el público que
ocupa aquellos tendidos presencia los estrenos de las
zarzuelas con un desenfado y una libertad de accion que
no suelen usarse en ninguna otra sala de espectáculos.

Si se inicia una silba... es feroz, colosal, extraordinaria.
De este carácter fué la de *La Africanita*. La primera
noche los espectadores dominaron en el teatro como
dueños absolutos. Una vez lanzada la protesta el público
no quiso oír más. En vano los actores siguieron repre-
sentando la obra: la concurrencia se divirtió, gritó, silbó,
pateó... todo lo hizo ménos escuchar aquella serie de es-
cenas insulsas.

Al día siguiente la obra se repitió. ¡Y allí fué Troya!
Yo no recuerdo haber visto nunca una cosa semejante.
El circo fué una especie de campo de batalla; y si la ex-
posicion farmacéutica del Jardín Botánico no se hubiese
cerrado, tengo para mí que se habria trasladado inme-
diatamente al teatro de la Plaza del Rey, á fin de acudir
con sus productos á la curacion de tanta descalabratura.

Pero no hizo falta exposicion. La hubo. ¡La exposicion
de quedarse contuso!

El espectáculo duró cuatro noches. ¡Válgame Dios!
¡ya era aquello demasiada monotonía! Cuatro noches de
silba furiosa y desordenada son inaguantables.

El público cambió de estrategia. Empezó á aplaudir
al final de la cuarta noche, y mató á fuerza de ovaciones
sarcásticas é irónicas la obra que habia resistido los gritos
más agudos y las más tempestuosas protestas.

La autoridad mandó suspender la funcion.

¡Ya era hora!

La Africanita habia estado á punto de producir una
segunda guerra de Africa.

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

ELVIRA, cuadro por Juan de Beers

El simple nombre de Elvira, ni más ni ménos que el
de Juana ó Ruperta, podrá no ser una fuente de inspira-
cion; pero la mujer á quien Beers ha llamado Elvira, si
alguna vez ha pestañeado, puede inspirar y volver loco,
que es más, al amante de la belleza que viste y calza.

Forma parte este cuadro de una galería alemana de
mujeres hermosas; capricho que, entre otros poderosos,
se han permitido tener los reyes de Baviera. Después de
todo es un capricho de buen gusto.

La mujer hermosa es dos veces hermosa, por ser her-
mosa y por ser mujer. Nosotros que sentimos por el bello
sexo tanta admiracion como respeto, estamos dispuestos
á conceder que es digna de ser llamada hermosa toda
dama que no sea tan fea de cuerpo como fea de alma.
Pues qué ¿para nada hemos de tener en cuenta la belle-
za del corazón?

Ángel del hogar, ángel de la tierra, llamamos á la mu-
jer. ¿Por qué nos empeñamos en que los ángeles han de
ser, en el mundo real, unas criaturas de pecho de irre-
prochable belleza física?

La verdadera hermosura, para el pintor, podrá ser la
de Elvira; ante la razón y el buen sentido, la belleza in-
discutible é imperecedera es la de la virtud.

UNA MURGA EXTRAVIADA, cuadro
por Edmundo Tetzner

Decía el malogrado Fíguro que *hay modos de vivir
que no dan de vivir*, y entre ellos debió comprender ins-
tintivamente á los músicos de nuestro cuadro, cuyo mo-
do de vivir se parece bastante á una manera de morir
lentamente. Si tripas llevan piés, como vulgarmente se
dice, los piés de nuestros personajes deben ser, cuando
ménos, piés *forzados*. La dulce perspectiva de una fiesta
les indujo á emprender un viaje á lo desconocido, *sin
más guía que Dios en su camino*, como el negro Juan de
Flor de un día. Pero contaron sin la huésped, ó sea sin
la nieve, la cual, peor educada que una patrona de *á seis
reales diarios con chocolate*, dejó bonitamente á los *artistas*
en el helado suelo de una llanura sin horizontes, ni más
ni ménos que si fueran estudiantes calaveras. Vanamente
buscan su camino; la nieve ha borrado los senderos; sin
mejor resultado interrogan un poste indicador; la nieve
ha cubierto sus letras: no hay en cuanto alcanza la vista
otros seres vivientes que dos cuervos acordes en la distri-
bucion del *menú* que les ha deparado la inclemencia del
invierno.—No hay mal que por bien no venga—se ha-
brán dicho aquellos animales, saboreando prematuramente
carne de músico...

Y sin embargo, nunca fueron hechos castillos más en el
aire: Dios, que aprieta pero no ahoga, y ménos para
complacer á dos pajarracos, permitirá que esos infelices
lleguen al punto de su destino, en donde un fuego repa-
rador y una comida confortante les pondrá en disposi-
cion de alegrar la fiesta. Los murguistas, como Quevedo,
tienen el don de hacer oír riendo lo que ellos tocan ra-
biando.

EL PRIMER PASO, cuadro por L. Crosio

La maternidad será siempre fuente de inefables deli-
cias para toda mujer digna de llevar el nombre de ma-

dre. La primera mirada inteligente que la criatura dirige á la noble mujer que la ha llevado en su seno, el primer diente que perfora sus encías, el primer paso que anda por su propio pié, el beso, la primera sonrisa de gratitud, cada una de esas gracias infantiles que para la persona indiferente no pasan de soporíferas vulgaridades, adquieren á los ojos de una madre cariñosa las proporciones de un plausible acontecimiento. Y cómo no ser de esta manera, cuando esa mujer sublime se ha sentido pagada con creces de las molestias del embarazo y de los peligros del alumbramiento, al oír simplemente la voz de su hijo que saluda llorando el mundo en que entra?

El pintor Crosio ha ejecutado de bella manera la escena del primer paso: la madre de esa tierna niña goza sin duda sosteniendo la aún poco firme planta de su hija. Su semblante, á pesar de todo, no está exento de tristeza, y es que el pensamiento de una madre va lejos, muy lejos... cuando se ocupa del porvenir de sus hijos. No siempre la pequeña protagonista de nuestro cuadro será una niña de andadores; no siempre pisarán sus plantas el firme pavimento del hogar donde vió la luz primera... ¿Qué será entonces de la señorita, y aún de la mujer, si al dar los primeros pasos en su nueva vida, no puede apoyarse en la mano, á la vez firme y cariñosa, de su amante madre?

BUSTO DE BRUTO, por Miguel Angel

En el Museo nacional de Florencia se conserva este magnífico busto esculpido en mármol por el celeberrimo artista italiano. Basta la contemplacion de esta obra de arte para comprender que si Miguel Angel fué un genio poderoso como pintor, sus talentos escultóricos eran más que suficientes para conquistarle la envidiable é imperecedera fama que la posteridad otorga solamente á los artistas de verdadero valer, y mucho más si, como Buonarroti, han poseído el don asombroso de rayar á altura igual en las tres nobles artes.

ATAQUE DE MUNICH por los campesinos el 25 de diciembre de 1705

Corría el año 1705, y con motivo de la sucesion al trono de España, vacante por fallecimiento de Carlos II, ardía la guerra en gran parte de Europa. Austria, Inglaterra, Holanda, Prusia, Portugal, Saboya y una parte de nuestro país, sostenían los derechos que á ceñir la corona española alegaba el archiduque Carlos y que le disputaba Felipe de Anjou, sostenido por Francia y otra parte de la península ibérica. El elector de Baviera, cediendo á las promesas de Luis XIV que le ofreció la parte de la Holanda austriaca si se coligaba con los Borbones, declaróse en contra de los austriacos, pero le fueron tan adversos en un principio sus hechos de armas, que al poco tiempo cayó su capital Munich en poder de las tropas del emperador. El dominio de estas no debió de ser muy grato para los habitantes del electorado por cuanto, deseosos de sacudir el yugo austriaco y sin contar con más auxilio que su ardimiento, reuniéronse algunos centenares de campesinos de las inmediaciones de Munich, provistos de cuantas clases de armas pudieron hallar á mano, y en la mañana del día de Navidad del citado año atacaron resueltamente los muros de la capital. A su frente iba un vigoroso herrero del pueblecillo de Kogel, que blandiendo con sus musculosos brazos á manera de ariete la pesada lanza de un carromato, logró echar abajo la puerta de la torre llamada Roja. Este es el momento escogido por el artista para representar la desesperada arremetida, habiéndolo hecho con tan asombrosa animacion y movimiento, con tal verdad y vida, con tan enérgica y natural expresion en todos los rostros y actitudes, que parece escucharse el estruendo de los golpes asestados contra la maciza puerta, las imprecaciones de los acometedores, los ayes de los heridos, el choque de las armas y el fragor del combate. El lance terminó desastrosamente para los campesinos: los austriacos, más numerosos y disciplinados y mejor armados, hicieron una salida, los desbandaron, y los persiguieron largo trecho acuchillándolos á su sabor, habiendo perecido víctima de su denuedo el herrero de Kogel.

JUAN CIGARRON

(Cuento de magia blanca)

POR CASTO VILAR Y GARCIA

I

Era vez y vez de un sujeto medianamente acomodado que vivía en el pueblo de H., que tenía por nombre Juan, y Cigarron por apellido ó mote, pues en esto no están muy conformes las historias que de él se ocupan.

Mi aya, una buena vieja de quien aprendí este cuento, me retrató á este personaje tantas veces y con tal lujo de detalles, que no parecía sino que le hubiese tratado con intimidad, y yo, en fuerza de oírla, concluí por formar de él la misma idea clara y precisa que voy á esforzarme por comunicar al lector.

Era Juan Cigarron hombre de edad madura, aún distante de los confines de la ancianidad, más bien gordo que flaco, más bien bajo que alto; llevaba el cabello cortado á punta de tijera y la barba cuida-

dosamente afeitada; aunque grueso, había conseguido á fuerza de convenientes pascos impedir el crecimiento desordenado de su abdomen, lo que permitía soltura á sus movimientos, y le constituía en razonable andarín y cazador bastante capaz; por último, era de color despejada, ancha frente, nariz ligeramente aguileña y ojos *color de saliva de sastrero*, término empleado con gran seriedad por mi aya, con no ménos escuchado por mí, y que equivale á ojos *verde claro*.

Este era el retrato físico; en cuanto al moral, me lo represento parecido al que hace Cervantes en su libro inmortal del caballero del verde gabán.

Ni envidioso ni presa de ambiciones, procurando hacer el mayor bien posible siempre compatible con la propia comodidad, benévolo para con sus inferiores, cortés para con sus iguales, respetuoso para con los principales, no cuidando de historias ajenas, haciendo la vida más arreglada y honesta del lugar en compañía de una hermana suya mayor que él, á la que amaba tiernamente, parecía como que las habillitas del pueblo deberían haberle respetado.

¿No es verdad, mis queridos lectores?

Pues desgraciadamente no era así.

Por vía de paréntesis, séame permitido exponer que si bien mi aya jamás precisó la fecha en que la accion del cuento tenía lugar, ella debió ser tal que ni por asomo ocurriese á nadie dudar de que existían dos clases de magia: la blanca y la negra.

Y bien; no encontrando el pueblo de H. nada que decir de Juan Cigarron, dió en la flor de llamarle zahorí, adivino ó brujo blanco (esto es, inocente), preocupacion fundada tanto en el haber nacido el señor Juan en viernes de Pasion, como en el siguiente lance que le ocurrió á propósito de la burra de un compadre suyo:

II

Vagaba Cigarron una hermosa tarde de verano por un monte bajo bastante espeso que, como á un cuarto de hora del pueblo de H. se extendía, cuando de lo más intrincado (el señor Juan conocía el monte como la palma de su mano) oyó resonar un rebuzno lúgubre y lastimero, si puede haberlos.

—Algun animal extraviado, pensó.

Y se dirigió al sitio, donde vió con efecto una burra, que cual un huevo á otro semejava á la de su compadre.

Vuelto al pueblo, pasó por delante de la casa de este, y oyó sus imprecaciones y los lamentos de la comadre con motivo de la pérdida.

—Compadres, dijo entrando, Vds. han perdido su burra ¿no es verdad?

—Sí, compadre, por desgracia, respondió á una el matrimonio.

—Pues bien, no hay que afligirse. Vaya V. al monte, y busque hácia el sitio tal que allí la encontrará.

El compadre miró á Cigarron por ver si se chancaba, pero como le vió serio y le conocía incapaz de jugarle ninguna mala pasada, se dirigió al monte, y en el sitio indicado encontró su burra.

Crear que el señor Juan había visto al animal, y que en su consecuencia pudo darle señas del sitio donde estaba perdido, hubiera sido la más vulgar de las vulgaridades.

El compadre, y poco despues el pueblo entero, decidió que Juan Cigarron tenía la facultad de averiguar dónde se hallaban los objetos perdidos, y preferentemente las burras.

De ahí, que á contar desde aquel día no desaparecía del pueblo ningun animal sin que el dueño fuese á solicitar del señor Juan que investigase su paradero.

Dejo á la consideracion del lector lo que pasaria el pobre hombre; pero cuando más necesitó hacer uso de su extremada paciencia, fué en la ocasion que paso á referir.

III

A poca distancia del pueblo de H., había otro algo mayor, en el que era sujeto muy principal, cacique, como decimos ahora, cierto mayorazgo tan terco como bruto, y tan rico como bruto y terco, siendo de todo ello en demasía.

La voz del pueblo, siempre sabia y equitativa, le motejó con el sobrenombre del Mayor Asno.

Tenía este tal un hermoso caballo, más inteligente que su amo, y al que quería con preferencia á sus hermanos menores, que dejaba vegetar en la miseria, costumbre patriarcal de los mayorazgos en los felices tiempos en que se usaban.

Calcúlese su desconsuelo un día que le vinieron á comunicar que el caballo no estaba en la cuadra, y más tarde, cuando despues de mil requisitorias en todas direcciones, resultó que el caballo no parecía.

Dos caminos quedaban al terco cacique: dejarse morir de dolor, ó consultar al zahorí del pueblo

vecino, cuya fama habíase ya extendido por todos los pueblos de doce leguas á la redonda.

Aunque tacaño, y conviniendo en que este último extremo le había de costar algun regalillo, pudo más el amor á su caballo que la avaricia, y todo afligido y suplicante llegó á casa de Juan Cigarron.

Este ya lo conocía, y por tanto se admiró de verle.

—Señor Juan, le oyó decir, V. es el único que puede librarme de la desesperacion. Mi caballo Lucero, V. lo conoce...

—¿Y bien? interrumpió impaciente Cigarron.

—Pues se ha perdido.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga? exclamó el señor Juan haciendo esfuerzos para no estallar.

—¿Que qué quiero yo que V. le haga? ¿Se figura que no sé la habilidad que tiene? ¿Qué he de querer más sino que me diga el sitio donde se encuentra?

—¡Válgame Dios! Que tal crea el vulgo, pase; pero que V., señor don Fulano, participe de esas preocupaciones, ¡V. que es persona instruida!

Pura lisonja; harto sabia Cigarron con quién tenía que habérselas.

—Con razon me dijeron que se obstinaba V. en negar su habilidad, sostuvo el ricote sin desfallecer. Vamos, señor Juan, apiádesese V. de mí. ¿Cree V. que no sabré yo corresponder como debo?

Ante semejante terquedad ¿qué restaba que hacer? Acopio de paciencia para sufrir á aquel majadero, y esperar tranquilamente á que se aburriera y se marchase.

El señor Juan que había sido algo cirujano en su juventud, se apoderó de un libro de medicina práctica que conservaba, y por hacer algo comenzó á leer en voz baja mientras medía á largos pasos la habitacion.

El mayorazgo, viendo que se había puesto á leer, prestaba atencion suma á las palabras que podía atrapar.

—Es un medio indirecto, pensó, de indicarme lo que debo hacer sin declararse abiertamente zahorí.

A la primera vuelta percibió esta palabra:

—¡Ságrate!

Pocas vueltas despues, esta otra:

—Púrgate.

Luégo, por más esfuerzos que hizo sólo escuchó el murmullo sordo de quien pronuncia palabras en voz baja y entre dientes.

—Por lo visto, no tiene más que añadir, reflexionó.

Se levantó y se despidió de Cigarron, dándole afectuosamente las gracias, y asegurándole que *sabria corresponder*.

El señor Juan supuso que el Mayor Asno no estaba en su completo juicio; pero éste, en cuanto llegó á su casa se hizo sangrar, tomó un purgante bastante eficaz, y al día siguiente, fué al monte y encontró el caballo.

Nuestro héroe se vió obligado á aceptar *velis nolis* una fineza del cacique y su fama se extendió entonces veinticuatro leguas á la redonda.

IV

Han pasado años. Grande bullicio, animacion y algazara reinaba en la comarca con motivo de haberse trasladado allí temporalmente la corte de S. M. el rey que rabió, monarca imperante por aquellos días.

Como la region abundaba en caza mayor, S. M. que había ya agotado los cazaderos del resto del país, tenía decidido no perdonar aquel rincón.

Era el principal de los acontecimientos que allí habían tenido lugar desde la fundacion y poblacion primitivas del distrito.

Los burgueses (recomiendo á Vds. la palabreja) se hallaban literalmente asustados con el aspecto de tanto aparato, tan noble séquito y servidumbre tan deslumbradora.

Los hidalgos estaban no ménos asustados, por más que hiciesen esfuerzos heroicos por disimularlo.

Entre ellos descollaba nuestro famoso mayorazgo que como cacique principal y conocido en la corte por sus diez y ocho apellidos de diez y ocho abuelos, no ménos tercicos ni estúpidos que él, se creía en la obligacion de estar constantemente al lado de la familia real, ofreciendo sin tregua sus más humildes respetos y los de los demás habitantes del pueblo.

Y sucedió que un día, S. M. rabiosa notó con estupefaccion al ceñirse la corona, que, á guisa de gorra de hortera no se quitaba sino para dormir, y que era de forma idéntica á la que hoy usan los reyes de la baraja, notó, decimos, que le faltaban los tres mejores diamantes, tamaños como el puño, anotaba mi buena aya.

El caso era de extraordinaria gravedad.

El caso era de extraordinaria gravedad.

El caso era de extraordinaria gravedad.

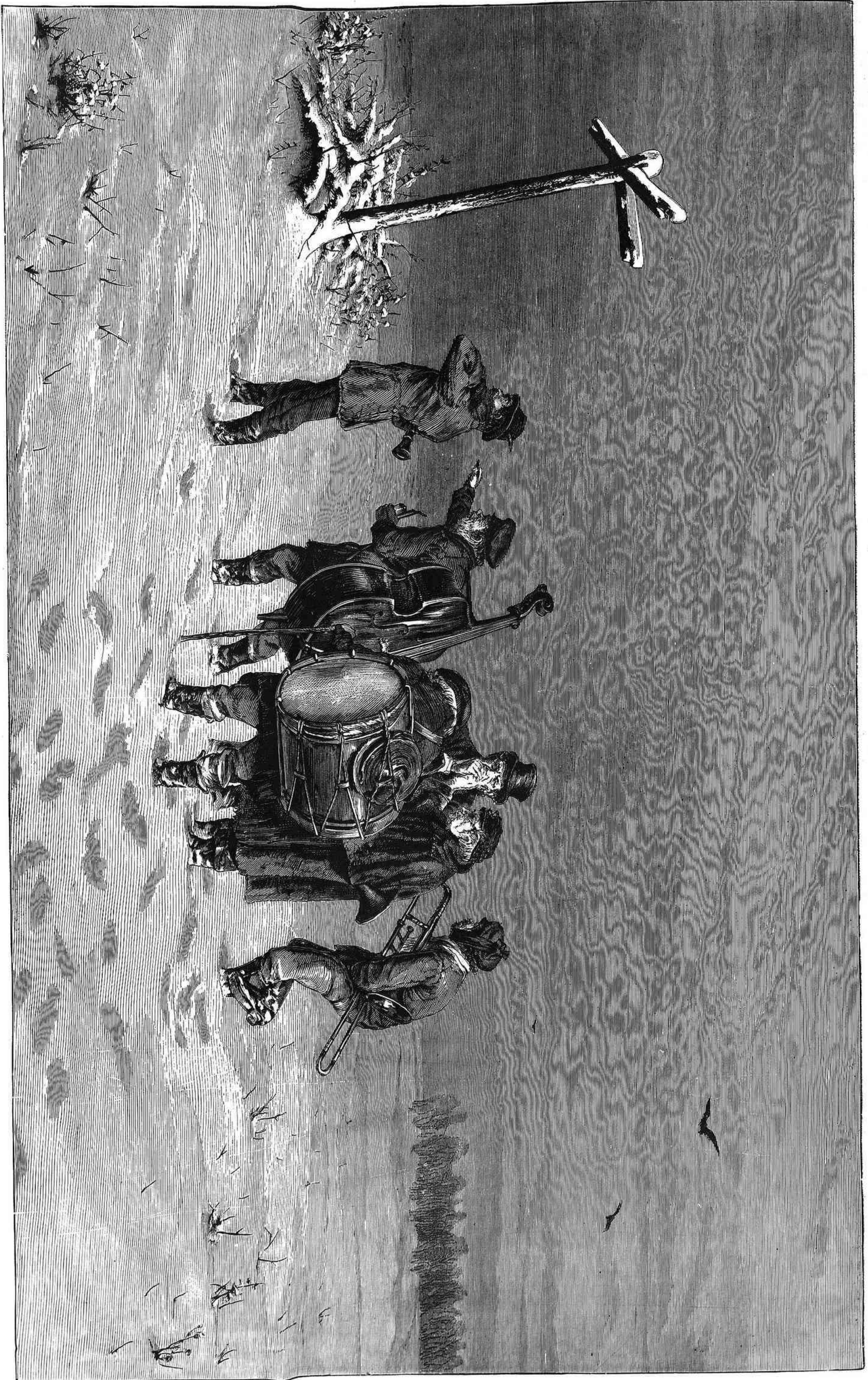
El caso era de extraordinaria gravedad.

El caso era de extraordinaria gravedad.

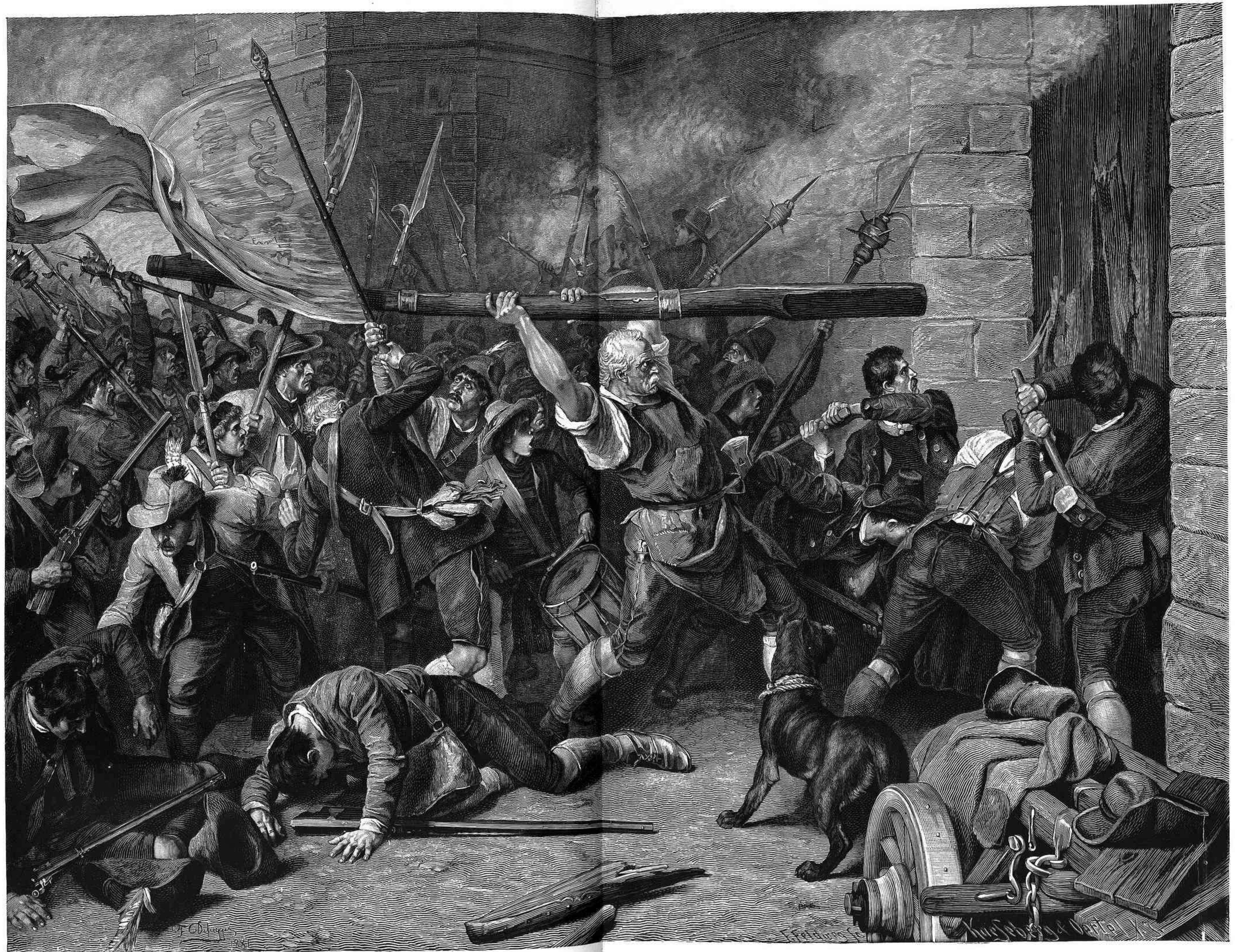
El caso era de extraordinaria gravedad.

El caso era de extraordinaria gravedad.

El caso era de extraordinaria gravedad.



UNA MURGA EXTRAVIADA, cuadro por Edmundo Tetzner



ATAQUE DE MUNICH POR LOS CAMPESINOS EL 25 DE DICIEMBRE DE 1705 (CUADRO DE FRANCISCO DEFREGGER)



EL PRIMER PASO, cuadro por L. Crosio

Prendieron á medio mundo, se ordenó un registro general, expidieronse bandos amenazando con poner fuego al país si en el término de tres días no parecían los diamantes.

Todo en vano.

S. M. echaba chirivitas porque realmente la corona se había quedado fea, y él mismo hacía una mala figura con ella en la cabeza.

Entonces el Mayor Asno vió la ocasion de ser verdaderamente útil, y dijo al rey:

—Señor, no se aflija V. M. por la pérdida; á corta distancia de aquí reside un hombre maravilloso que posee el don de averiguar el paradero de las cosas perdidas, y el cual tengo la seguridad de que sabrá encontrar los diamantes.

—¿Estás seguro? preguntó el rey.

—Segurísimo, señor.

—Pues vé y tráeme á ese hombre. Tu cabeza me responde de la verdad de lo que dices.

Entonces andaba muy válida entre los reyes la costumbre de hacer cortar cabezas.

Pronunciadas sus últimas palabras, se retiró el monarca. El Mayor Asno se rascó la coronilla con cierto cariño, y mandó al diablo su oficiosidad.

—¿Y si al tal Juan Cigarron no le diese ahora la gana de ejercitar su habilidad? Pero ¡vive Dios! que, ó me acierta dónde están los diamantes, ó le ahogo ántes de que me corten la cabeza.

La segunda parte de esta última cláusula no hacía falta realmente, pero no era nuestro hidalgo persona que reparase en pleonismo más ó menos.

Resultado de estos pensamientos, hizo que le siguiese una compañía de *guardias de corps*, y se presentó con gran estrépito ante la casa del pacífico Juan Cigarron.

V

El cual tranquilamente, y sin preocuparse gran cosa por la presencia de la corte en el pueblo, se preparaba para cenar de vuelta de uno de sus paseos higiénicos.

Júzguese de su sorpresa y del susto de su pobre hermana cuando tal aparato vieron presentarse ante las puertas de su casa bajo la direccion del zopenco mayorazgo del lugar vecino.

—Nada bueno me anuncia la presencia de este majadero, pensó el buen hombre.

Y en efecto, el majadero aquel le intimó orden de que le siguiera al sitio donde la corte se hallaba, á fin de que averiguase aquel en que los diamantes perdidos se ocultaban.

Díjole además que en el caso de que se resistiera, estaba dispuesto á emplear la fuerza para llevarlo; que le tendría tres días preso (se le trataría bien, eso sí) pero que si espirado ese término, no indicaba el paradero de los diamantes, le haría cortar la cabeza, como justa compensacion á lo que el rey había de hacer con él.

Si estas disposiciones las tomaba el Mayor Asno en virtud de propia jurisdiccion, ó como delegado de S. M., punto es dudoso, que ni á mi aya se le ocurrió explicar, ni á mí pedir que me aclarasen.

Pero no cabe duda en que el hecho es tan cierto como el resto de la historia.

Juan Cigarron miró tiernamente á su pobre hermana que lloraba como una Magdalena, sintió resbalar dos lágrimas por sus mejillas, abrazó á la buena mujer, diéronse un adios que ambos juzgaron postrimero, y fué arrancado de aquel hogar pacífico por los sicarios de su rabiosa majestad capitaneados por el Mayor Asno.

VI

No eran solamente el Mayor Asno y nuestro héroe, quienes con motivo del suceso apreciaban su pellejo en menos de dos pesetas.

A estos cabales siquiera la tranquilidad de la conciencia, consuelo no pequeño en las grandes adversidades.

Pero á los desgraciados delincuentes, que lo eran tres mozos de comedor (sic) del rey, ¿qué remedio les quedaba, viendo abrirse las puertas del palacio ante un zahorí eminente que sin duda alguna los delataría y expondría á la rabia harto acreditada de S. M.?

Todos los extremos habían previsto menos aquel.

¡Oh! ¡Quién se lo hubiera dicho cuando tres días ántes se repartían alegremente á diamante por barba!

Constituido el pobre del señor Juan en el cuarto que había de servirle de prision, reuniéronse los autores del hecho con gran misterio en unas bodegas subterráneas que existían en aquel palacio provisional y allí sostuvieron larga y temerosa conferencia.

—¡Estamos perdidos! murmuró con acento plañidero el más viejo de los tres.

—¡Perdidos! repitió el de en medio.

—¡Quién sabe! anotó el más jóven; esos zahoríes suelen ser embusteros de tomo y lomo.

Decidióse de aquella junta que durante los tres días que había de permñecer en palacio el prisionero turnarian para servirle la comida, observarían al zahorí, y tomarían nota de sus menores movimientos y expresiones.

Que si de dichas observaciones resultaba que el adivino los había conocido se arrojarían á sus piés, le harían entrega de los diamantes y le suplicarían que no les delatase.

Luégo se despidieron con la misma solemnidad y misterio.

—¡Desgraciados de nosotros! articuló el mayor.

—¡Desgraciados! insistió el de en medio, que á falta de opinion propia, solía repetir siempre lo dicho por su compañero.

—¡Esperemos! concluyó el menor.

Y desaparecieron aquellos bribones, y el silencio y la soledad volvieron de nuevo á reinar en aquel sombrío y helado recinto.

VII

¿Y Juan Cigarron?

¡Pobre hombre!

Ha pasado la noche, ha sonreído el alba, y en vela le ha sorprendido el canto de los pajarillos que hasta entonces le despertara.

Porque Cigarron madrugaba siempre como buen cazador que era.

Aquella noche fué su primera noche de insomnio, el día aquel su primer día de amarguras.

—Esto es hecho, meditaba; me cortan el pescuezo como dos y dos son cuatro. ¡Mal haya la hora en que le indiqué á mi compadre el paradero de su burra, y en que ese asno de mayorazgo encontró su caballo! ¡Y qué he de hacer!... Resignarme... ¡es claro!... ¡Alguna vez hay que morir!... ya lo sabía, pero precisamente ahora... y víctima de las sandeces de los hombres!...

Y por más vueltas que daba á su caletre en busca de consuelos morales, no se avenía á morir tan pronto ni por aquella causa tan ridícula á su parecer.

Luégo se desprendía de toda consideracion egoísta y pensaba en su hermana.

—¡Pobre hermana mia! ¿Qué será de ella sin mí, y reducida á la más espantosa miseria?

Porque era entonces costumbre confiscar en provecho del tesoro real los bienes de todo individuo á quien se le cortaba la cabeza.

Pensando en su hermana, el buen Cigarron volvía á derramar lágrimas como en el momento de la separacion.

Tenia un corazon muy hermoso aquel hombre, y el rey era un bárbaro, dicho sea con el debido respeto, y el mayorazgo una bestia de carga.

Llegó la hora de la comida, pues no consta que nuestro héroe hubiese almorzado durante aquellos días, y el mozo de comedor más viejo entró á servir al preso con arreglo á lo pactado.

Juan Cigarron no tenía apetito; ¡qué había de tener, si sólo pensando en su situacion lo pierde el más comedor!

Con la frente apoyada en la palma de su mano derecha, contemplaba sin probarlos los ricos manjares que le presentaban.

¡Hubiera sido tan feliz paladeándolos en cualquiera otra situacion!

El mozo, por su parte, todo tembloroso y agitado, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo viendo la inmovilidad del zahorí. Andaba de acá para allá, tosia, se agachaba para ver el rostro de aquel sér extraordinario, y casi no esperaba otra cosa que una insinuacion de este para caer á sus piés.

Por fin, el Sr. Juan, que en las grandes ocasiones de su vida tenía rasgos de poeta aunque ramplon, separó la vista de los platos, y dirigiéndola á una pared donde se veía un cuadro de San Bruno, exclamó exhalando un doloroso suspiro:

—¡Ay, San Bruno!

De los tres he visto ya uno.

Cigarron se refería á los días de prision, pero el mozo que, como dejamos dicho, sólo esperaba una indirecta, se sintió tan personalmente aludido, que cayó ante él murmurando:

—Perdon, sí señor, yo soy uno de los tres, aquí está mi diamante,—y se lo dió,—pero por Dios no me delate V. ni me obligue á declarar el nombre de mis compañeros. Se lo ruego por la salvacion de mi alma.

No necesitaba tanto Cigarron, que era buen cristiano é incapaz de hacer daño.

(Se concluirá)

JUGAR CAÑAS

Llenos están los romanceros, poéticos guardianes de la memoria de muchas de nuestras históricas tradiciones, en más ó en menos desfiguradas por la imaginacion del pueblo, de pintorescas relaciones de fiestas de toros y juegos de cañas, celebrados por paladines moros y cristianos, en aquellos tiempos en que el continuo batallar y un inextinguible odio de raza no eran parte, sin embargo, á impedir que á las veces aquellos irreconciliables enemigos se juntasen en públicas fiestas, para hacer alarde y gala de su destreza y gallardía, tratándose como adversarios corteses y caballeros, por más que á las veces aquellos simulacros se tornasen véras, dando ocasion al poeta para que dijese:

No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas

De aquí tomaron los españoles aficion á estos belicosos juegos y fiestas de toros, que por luengos años fueron inseparables, recibiendo los más principales caballeros colmados aplausos por su destreza en ambos ejercicios.

Pero á medida que el militar dejó de ser la natural ocupacion de los que por hidalgos y caballeros se tenían; cuando trocaron la dureza de las armas por las ociosas plumas, olvidaron por completo los juegos de cañas, como ántes habían renunciado á los torneos, que remedaban los combates, y dejaron que el correr toros se convirtiese en oficio en mercenarias manos.

En el siglo XVII fueron teniendo término aquellas antiguas inclinaciones caballerescas, y en él brillaron las últimas llamaradas del espíritu inquieto de los españoles en tan renombradas fiestas, y si bien la de toros ha llegado hasta el día, aunque completamente desfigurada, la de cañas hace dos siglos que, como costumbre española, ha desaparecido.

Por esta circunstancia acaso no disguste á todos conocer algunos pormenores de esta vistosa fiesta, hoy de muchos ignorados.

En primer lugar, los que habían de *jugar cañas* dividíanse en diferentes *cuadrillas*, que así se denominaban, llegando á veces á ocho y diez, dirigidas por otros tantos caballeros principales, acompañados de otros no menos ilustres, y todos engalanados con libreas vistosas y ricas, á la hechura morisca, como para recordar el origen de la fiesta, siendo prendas indispensables la *marlota* ó casaca, especie de túnica ceñida, el *capellar* ó manto que se asia y sujetaba sobre el hombro y el turbante ó *toca* de varias vueltas de tela muy delgada, arrollado á la cabeza.

En el siglo XVII el juego de cañas había quedado casi reducido á lucir las lujosas galas de los caballeros de las cuadrillas, sus caballos y palafreneros, que en vistoso alarde y al són de clarines y trompetas entraban en la plaza, al compás de la gritería de la regocijada multitud. Lo demás de la fiesta llamaba menos la atencion, y así lo manifestaba la frase proverbial de *las cañas las entradas*, que se aplicaba, por semejanza, á todas aquellas cosas que tenían mejores principios que medios y fines.

Reunidas las cuadrillas en un punto inmediato á la plaza destinada al juego, entraban en ella dos caballeros á despejar la multitud y detrás de ellos los caballos enjaezados que presentaba cada cuadrilla, además de los que montaba cada caballero, aquellos conducidos del diestro por palafreneros lucidamente arreados, precedidos de los atabaleros y trompeteros de cada cuadrilla, que entraban tocando.

Seguían despues separadamente las cuadrillas corriendo, y hasta que no había pasado una no entraba otra.

No estaba permitido que los de las cuadrillas dijese otras palabras que *¡aparta! ¡aparta! ¡afuera! ¡afuera!* y cada una de aquellas debía adoptar manera determinada de llevar la lanza, conociéndose seis ú ocho diversos modos, pues es de advertir que la entrada se hacía con ellas y no con las cañas.

Estas últimas eran conducidas en haces, por acémilas paramentadas lujosamente.

Reunidas ya en la plaza todas las cuadrillas, daban dos ó tres vueltas alrededor, corriendo todas juntas, hecho lo cual dejaban las lanzas, abrazaban las adargas y tomaban las cañas, que, para mayor lucimiento, llevaban puestas sus *veletas* ó banderolas, y además cordones guarnecidos con franjas y borlas de los mismos colores que cada cuadrilla había adoptado para su librea.

Colocabáanse entonces las cuadrillas de cada uno de los dos bandos en hileras frente á frente, saliendo á jugar la del lado izquierdo de una parte con la de igual lado del bando opuesto.

Así preparados, principiaba una aparente lucha, arrojándose los contendientes las cañas, á lo que se

llamaba *responder*; y esto no había de hacerse ni de frente, ni de través, ni de revés, pues era demostrar que no se entendía el juego. El modo de *blanquear* las cañas era el de arriba abajo.

Una vez disparadas todas las cañas por cada una de las dos cuadrillas que se afrontaban, á lo que se llamaba *desembarazar*, debían dirigirse á la mano derecha de su hilera, cambiando las riendas á la otra mano, volviendo los caballos sobre ella y revolviendo juntamente los cuerpos y las adargas hácia los contrarios, con las caras descubiertas, pues no debían cubrirse sino cuando no podía hacerse otra cosa.

Cuando la lucha se enardecía demasiado, era peligroso descubrirse, pero entonces metíanse por medio los padrinos y desde aquel momento no era permitido arrojar más cañas.

Estas tenían seis palmos de longitud y su cañuto delantero se llenaba de arena ó yeso para darles peso. Se llevaban debajo del brazo muy iguales y se iban sacando al tiempo de arrojarlas, lo que se hacía dando vuelta el brazo por encima de la cabeza.

Otras veces se tiraban con *amiente*. Este era una correa de unas dos cuartas de longitud que se sujetaba en uno ó dos dedos ó en la muñeca, por una extremidad, y luego se revolvía en torno de la caña de cierto modo que, al soltarla, salía disparada con mayor ímpetu, pero su uso requería gran práctica y especial habilidad.

He dicho que el siglo XVII fué el último que vió celebrar estas fiestas con esplendor, y una de las más brillantes, sin duda, fué la que gozaron los habitantes de la villa y corte el día 21 de agosto de 1623.

Sabido es que en marzo de aquel año había venido á Madrid el príncipe de Gales, Carlos Stuardo, á conocer á su prometida la infanta doña María, hermana del rey, y como obsequios preliminares á los festejos de las bodas reales, que por fin no se efectuaron por las intrigas de Olivares, dispuso Felipe IV para aquel día toros y cañas.

En obsequio al ilustre forastero se propuso ser él mismo quien capitanease uno de los bandos de las segundas, dándose en espectáculo á sus vasallos: verdad que, á pesar de no tener más de diez y ocho años, se preciaba de destrísimo en la palestra de los ejercicios del caballo.

Engalanóse la plaza Mayor con los adornos que ordinariamente se usaban, viéndose además la novedad de construir los tablados que se alquilaban, con balcones semejantes á los de las casas.

En la Casa-Panadería se aderezaron los balcones reales con doseles de brocado carmesí, y la familia real, excepto el rey y el infante don Carlos, que debían entrar en las cañas, comió en ella aquel día, como solía hacerlo en los que se celebraban funciones semejantes, para hallarse en ellas con puntualidad.

A la hora conveniente fueron allí, en coche, la infanta doña María y su hermano el cardenal infante don Fernando, á la sazón de diez y seis años, y ya ornado con la púrpura cardenalicia, y en silla de manos la reina doña Isabel de Borbon, seguida de sus damas y meninas.

La infanta, en obsequio al de Gales, vestía de blanco, que era el color preferido del inglés, llevando los caballos del coche los copetes de listones azules, librea de aquel.

A las dos acudieron á la plaza en un coche, Felipe IV, su hermano don Carlos y el príncipe de Gales, aquellos con trajes negros y Stuardo blanco, mitad á la usanza española y mitad á la inglesa.

Ocuparon los tres uno de los balcones para ver los toros, que precedían á las cañas, y para agasajar al príncipe se quitó un canalillo que dividía aquel del ocupado por la reina y la infanta, para que pudiese ver y hablar á su augusta novia.

A las dos y media, despues que hubieron regado la plaza Mayor con veinticuatro carros, que salieron enramados, la despejaron las famosas Guardias Española y Alemana, segun en otro artículo, dije solían hacerlo en las fiestas régias, yendo mandada la primera por su teniente don Francisco Verdugo, y la segunda por el extranjero marqués de Rentin, que había sucedido en la jefatura al desventurado don Rodrigo Calderon, degollado públicamente en aquella misma plaza por el verdugo, aún no hacia dos años.

Acto continuo, por la puerta que sale á la calle Imperial, entró en la plaza el trompeta mayor del rey, cuyo cargo desempeñaba un tal Leonardo, siguiéndole, también á caballo, diez y seis atabaleros, sesenta trompetas y clarines y veinticuatro ministriles, ataviados con la librea real, que era encarnada y amarilla, de raso, con pasamanos de plata y seda negra, con forro de veludillo de plata, llevando en los paños de las trompetas y atabales las armas reales.

Seguían todos los caballeros, precediendo á un soberbio caballo alazan, en que había de jugar cañas el rey, y detrás cuatro palafreneros, cuatro herradores con bolsas de terciopelo, doce lacayos de respeto y sesenta caballos alazanes con jaeces blancos y negros, bocados de plata bruñida y tellices de terciopelo carmesí con las armas reales, cada uno conducido por un lacayo, con librea de raso encarnado y amarillo, ropilla y calzon cuajados de pasamanos de plata y los sombreros negros, con plumas de este color y rojas.

Detrás formaban cuatro mozos de caballos, en traje turquesco, llevando en hombros un *cabalgador* ó banco para montar, de caoba y ébano, recubierto de tafetan rojo, con borlas y flecos de oro.

Inmediatas doce acémilas cargadas de haces de cañas, paramentadas aquellas con reposteros de raso carmesí, bordadas las armas reales, y adornados los cordones de seda y oro y grandes penachos de plumas.

A continuacion principiaron á desfilar el acompañamiento y tren de cada una de las otras cuadrillas, que aquel día eran diez, con la del rey ya descrita.

Venia en pos la de la Villa, con cuatro trompetas de naranjado y plata, veinticuatro caballos, que llevaban otros tantos lacayos, con igual librea que los trompeteros y el mayordomo de la Villa por caballero.

Seguía la de don Duarte de Portugal, de la familia real lusitana, cuyo reino estaba entonces incorporado á la corona de Castilla. Sus cuatro trompeteros vestían con sayos baqueros leonados, con pasamanos de plata, toquillas de tela tejida de este metal, con talabartes y plumas leonadas también, y en las trompetas unos paños con las armas de ambos reinos. Lucía treinta y seis caballos, con sendos lacayos, más doce de respeto y veinte mozos á la turquesca, además del caballerizo.

El duque del Infantado sacó sus cuatro trompeteros en frisonos blancos y los sayos baqueros negros con pasamanos de plata, bordada el *Ave-Maria*, armas de los Mendozas. Ostentaba cuarenta caballos morcillos, con jaeces negros y blancos, con igual número de lacayos conduciéndoles, y cuarenta y ocho más de estos últimos de respeto, con el caballerizo.

Don Pedro de Toledo vistió sus cuatro trompeteros, que iban en caballos rucios, con sayas doradas y pasamanos de lo mismo, con sus armas, sacando treinta caballos rucios con jireles de tela de oro, bandas de lo mismo y adargas blancas. Además de otros tantos lacayos conduciéndolos, seguían diez y ocho de respeto y el caballerizo.

El Almirante dió á sus trompeteros sayos de damasco negro, largueado, ó sea listado, de oro, acompañando á los cuatro treinta y dos caballos castaños, con jaeces blanco y oro, sus lacayos y doce mozos de respeto.

El conde de Monterey, cuñado de Olivares, engalanó sus cuatro trompeteros con sayos blancos y oro, poniendo á sus cincuenta caballos castaños paramentos de igual matiz, en obsequio al príncipe inglés cuyo color era, por ser muy favorecido del excelso huésped. Llevaba al todo cien lacayos, ostentacion que ninguno igualó.

El marqués de Castel-Rodrigo, señor portugués, atavió sus trompeteros de verde y plata, y tales eran los jaeces de sus cuarenta y dos caballos, de diverso pelo, con sus lacayos y otros diez de respeto.

El duque de Sessa, de la casa real de Aragon, Cardona en el apellido, vistió á los suyos de verde mar, vareteado de oro; sacó treinta y cuatro caballos rucios y cuarenta y dos lacayos.

Salió el último el séquito del duque de Cea, don Francisco de Sandoval y Rojas, alentado mozo, hijo del duque de Uceda y nieto del de Lerma, con librea azul y plata sus cuatro trompeteros, bordada con perlas y granates, lució veinticuatro caballos con sus lacayos y treinta de respeto, yendo su caballerizo de negro.

Dieron vuelta á la plaza y se retiraron para que principiase los toros, funcion que, como he dicho, debía preceder necesariamente á todo juego de cañas, de donde nació la frase *haber toros y cañas*. No describiré la corrida, porque dicen las relaciones de entonces que los toros fueron malos, y porque la relacion de una fiesta de toros, con todos sus lances, capítulo aparte merece.

Acabada que fué, levantáronse el rey y el infante don Carlos de su balcon, hicieron cortesía á la reina é infanta, y como tenían que vestirse el traje con que debían jugar las cañas, salieron en un coche por la calle de Atocha, que estaba entoldada, arenada y regada, con las boca-calles atajadas, para impedir el tránsito de los coches, que ya entonces, por su multitud, eran, como dice un escritor contemporáneo, *sobrehueso de las fiestas*, y se dirigieron

á casa de la condesa de Miranda, que estaba en la calle de Relatores.

Aunque muy anciana aquella y postrada en el lecho, había elegido el rey su morada para honrarla con tamaña distincion.

Ella, para corresponder, había dispuesto convenientemente la casa, y entre los preparativos ostentosos que hizo, dice una relacion de la época, que *blanqueó la escalera y puso toldo nuevo*.

Ello es que preparó habitaciones para que se vistiesen el rey, el infante y el conde de Olivares colgándolas con cortinajes de damasco blanco, haciendo lavar el pavimento con polvos de búcaro, amasados con agua de ámbar.

Tenia, además de guantes, pañuelos, perfumes y hasta camisas para sus huéspedes, lo que llamaríamos hoy un *lunch* y entonces *agasajo*, en castellano corriente y moliente. En cuarenta platos y canastillos de plata, había dispuestas varias conservas y *azúcar rosado de ocho diferencias*.

Probó el rey los manjares y ordenó los guardasen para cuando volviera á desnudarse terminadas las cañas. Vistióle aquel día don Jaime de Cárdenas, á quien tocaba por estar de guardia, y una vez ataviado, salieron todos para la plaza Mayor.

La comitiva se dirigió por la calle de Atocha, precediendo los atabales, trompetas y ministriles de S. M., y primeramente don Agustín Mexía y don Fernando Giron, del Consejo de Estado y Guerra, acreditados de valerosos capitanes, fueron, como padrinos de las cañas, á presentar los justadores á la reina é infanta, y habiendo hecho señal la música, entraron corriendo de pareja Felipe IV y el conde de Olivares, en caballos alazanes, y al correr hicieron cortesía á la reina, Altezas, Consejos y á la concurrencia toda.

Siguióles otra pareja, compuesta del joven infante don Carlos y el marqués del Carpio, y tras ellos don Luis de Haro, el conde de Santisteban, y don Jaime de Cárdenas, hermano del duque de Maqueda, con el conde de Portalegre.

Las *marlotas y capellares* del rey y su hermano eran de raso encarnado rizo, bordado de oro y negro, con mangas blancas, y las plumas del bonete negras y rojas, yendo los otros de su cuadrilla con vestidos semejantes.

La cuadrilla de la Villa la componían su corregidor don Juan de Castro y Castilla, de pareja con don Lorenzo de Olivares, formando las otras don Pedro de Torres y don Cristóbal de Medina, don Antonio de Herrera y don Francisco Garnica, cerrando don Gaspar de Guzman y don Sebastian de Contreras, todos del hábito de Santiago, con librea color naranjado y plata y pasamanos de seda negra, y los ricos bonetes con plumas naranjadas.

Tras ésta siguió la cuadrilla de don Duarte de Portugal, quien iba de pareja con el conde de Villamor, formando las otras tres parejas don Antonio de Meneses y el conde de Peñaranda, don Rodrigo Pimentel y el conde de Puñonrostro, el marqués de Malagon y el duque de Veragua, todos con traje leonado, plata y azul.

Iba luego la cuadrilla del duque del Infantado quien no pudo formar parte de ella por su mucha edad y achaques; pero la constituían el conde de Tendilla y su padre el marqués de Mondejar, ambos Mendozas y deudos cercanos del duque; iban además los marqueses de Velilla, del Villar, de Añover y de la Puebla, cerrando el de Bedmar con don Diego Hurtado de Mendoza, corregidor de Toledo: sus marlotas y capellares eran de damasco negro y plata.

La cuadrilla de don Pedro de Toledo la principiaban el marqués de Velada, bizarrísimo en este ejercicio y el de correr toros, con el señor de Higarés, seguidos de don Luis Ponce de León y don Francisco de Eraso; el conde del Risco con el señor de la Horcajada, cerrándola el mismo Toledo con su pariente don Diego de Toledo y Guzman, siendo su librea de tela de oro bordada de plata.

A la del Almirante hacían cabeza éste y el marqués de Alcañices, siguiendo el de Távora y conde de Villalva; el marqués de Toral y don Antonio de Moscoso, cerrándola el marqués de Orani y conde de Villafior, todos con librea de raso negro y oro, con aforros de velillo de plata.

Constituían la cuadrilla del conde de Monterey éste y el marqués de Camarasa, que hacían la primera pareja, siguiéndoles don Juan Clarós de Guzman y el conde de Salvatierra, el de Oñate y don Pedro de Cárdenas, cerrando el marqués de Frómista y don Juan de Eraso, estos dos grandes amigos de Monterey. Su librea ya se ha dicho era blanca, en obsequio al de Gales.

El portugués marqués de Castel-Rodrigo formaba el primero en su cuadrilla con el duque de Híjar, siguiéndole otro portugués, D. Dionís de Haro, con don Lorenzo de Castro, el marqués de Orellana con

D. Baltasar de Rivera, cerrando el conde de Riela y el marqués de Almazan. Sus vestidos eran de verde y plata y los bonetes con plumas leonadas.

Al duque de Sessa acompañaba en su cuadrilla don Luis Venegas, siguiéndoles el señor de Sueros, D. Francisco de Córdoba, D. Luis de Roxas y D. Diego de Guzman, cerrando el conde de Cabra con D. Juan de Córdoba. La librea de raso verdemar, bordada de plata y negro.

La cuadrilla postrera fué la del duque de Cea, el cual iba de compañero con el príncipe de Esquilache, seguidos del marqués de Peñafiel con el del Valle, el de Mejorana, que hacía pareja con el sevillano conde de Cantillana, cuya fama en lidiar toros era objeto de universal aplauso, terminando el conde de Xavalquinto y don Cristóbal de Gaviria, todos ellos con marlotas y capellares de raso azul escarchado de plata, con puntas asimismo de plata y negro. Sacaron también una invención que fué muy celebrada, á saber, unos turbantes azules sembrados de espejillos.

Después que cruzaron la plaza y la corrieron de esquina á esquina, salieron á mudar caballos, dejar las lanzas y tomar cañas y adargas, haciendo un caracol y luego dividiéronse y reconocieron en dos bandos de á cinco cuadrillas, gobernando la una el rey y la otra el duque de Cea; diestros en ello ambos jóvenes y egregios mancebos.

Las memorias de entonces aseguran que el rey fué quien corrió mejor aquella tarde y que también demostró gran bizarría el infante D. Carlos. Tiraba Felipe IV las cañas al duque de Cea y éste al rey con la cortesía que debe hacerlo un vasallo.

Duró la escaramuza un rato hasta que el concurso de la plaza se alzó en una sola y atronadora voz diciendo: ¡Viva S. M. muchos años!

Terminóse la fiesta, y el rey y don Carlos se retiraron á casa de la condesa de Miranda, donde se mudaron el traje y hasta se pusieron las camisas que preparadas les tenía, y después descansaron y tomaron algunas conservas de las que mandaron retirar, no queriendo comer los manjares calientes, que en gran número y exquisitos aderezados estaban, si bien no se perdieron, porque las gentes y oficiales del guarnés real los consumieron, ayudados de los lacayos que el rey y los caballeros habían sacado á la plaza.

Para los convidados hubo bebidas frías, dando abasto desde por la mañana tres botillerías.

Acabados toros y cañas, volvieron á palacio la reina, doña María y el cardenal infante, con el acompañamiento que habían traído, mientras el rey y don Carlos fueron á la Casa-Panadería en busca del de Gales, que agradeció tantos festejos y tan ostentosos como por él se hacían.

JULIO MONREAL

NOTICIAS VARIAS

PUNTE GIGANTESCO.—El ingeniero M. Bazalgeth ha presentado el proyecto de un puente enorme sobre el Támesis, en Londres; se construirá más arriba de London-Bridge, y de consiguiente en la region muy poblada y extensa donde no hay comunicacion entre ambas orillas sino con barco de remos. Este puente, construido á la altura de 26 metros sobre el agua, permitirá á los más grandes buques pasar por debajo. Se necesitarán rampas de acceso de 696 metros por el Norte y de 1120 por el



BUSTO DE BRUTO, por Miguel Angel

Sur. No se comprende que algun periódico haya tachado de ridiculo un proyecto tan grandioso y de tan reconocida utilidad, pues precisamente en la parte del Támesis que el puente debe franquear el paso es muy peligroso para los barcos de remos á causa de las nieblas, y además de esto, con la nueva obra se prestaría un servicio inmenso á la clase obrera, por lo que hace á la facilidad de comunicacion entre el Sur y el Norte.

LAS CARNES DE AUSTRALIA EN LONDRES.—La llegada á Londres del buque *Dunedin-Clipper*, procedente de Nueva Zelanda con un cargamento completo de carnes conservadas por el frío, es un acontecimiento muy digno de ser tomado en consideracion, por ser la primera vez que se hace semejante prueba con un buque de vela. Su cargamento se componía de 5.000 carneros muertos, y el viaje se ha efectuado en 95 dias, durante los cuales la temperatura de la bodega se mantuvo continuamente á 20° bajo el punto de congelacion. Al desembarcar la carne, hallábase en las mejores condiciones. El *Daily Chronicle*, de Bolton, anuncia por otra parte que últimamente se distribuyeron á los marinos de la flota que está en Alejandria 150 toneladas de carne fresca de procedencia australiana, primer ensayo que ha obtenido el mejor éxito. Estas carnes fueron embarcadas el 1.º de mayo último en Sidney, en el vapor *Sorrento*, que ha llegado á Londres después de atravesar el canal de Suez cuando el calor era más intenso, y se conservaron con el aire frío producido por una máquina especial, recientemente inventada y construida por MM. Hicks Hargreaves y compañía, mecánicos ingleses. Después de despachado su cargamento, parte del cual fué comprado por el Gobierno, dicho buque ha enderezado el rumbo hácia Australia en busca de otro.

MARFIL ARTIFICIAL.—El *Monthly Magazine* describe un

curioso procedimiento químico, por el cual se puede obtener, sólo con patatas comunes una sustancia que imita el marfil.

Al efecto se eligen las que estén completamente sanas y bien desarrolladas; pélanse con esmero, cuidando de quitar todas las partes de consistencia ó de color diferentes, á fin de obtener una materia bien homogénea; y hecho esto se dejan humedecer las patatas algun tiempo en agua clara y después en agua acidulada con ácido sulfúrico.

Después, y esta es la parte más importante de la operacion, se ponen á cocer largo tiempo en ácido sulfúrico, lo cual exige ciertas precauciones, cuyo secreto se ha reservado hasta ahora el inventor.

Compréndese, en efecto, que la variedad y la edad de la patata empleada, así como la duracion del cocimiento en el ácido sulfúrico, y el grado de dilucion de este, tienen gran importancia. Es indispensable para el buen éxito usar ácido sulfúrico perfectamente puro.

Tratada de este modo, la patata se endurece y pierde poco á poco su permeabilidad: se lava primero en agua caliente, y luego en fria, sometiéndola después á un secamiento gradual. De este modo se obtiene una sustancia fácil de trabajar, uniforme, y que no se agrieta fácilmente por una temperatura cálida. Este marfil, de un color blanco amarillento, duro y elástico, sirve muy bien para fabricar bolas de billar, pudiendo teñirse de diversos colores, ya durante el tratamiento ó después. Este producto es muy barato, y susceptible de tener muchas aplicaciones.

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

AUSTRALIA MERIDIONAL.—En 1877 el gobierno de esta colonia ofreció á los agricultores el distrito de las grandes llanuras que se extienden al este de los montes Flinders, entre el 32° y 33° de latitud sur. Las tierras fueron vendidas á buen precio y formáronse cuatro condados: Frome, Dalhousie, Newcastle y Granville.

Pero este país es muy árido, pues durante todo el año sólo se cuentan de 230 á 310 milímetros de agua llovida (en 1880 y 1881 sólo hubo 216); el agua escasea muchísimo, y en verano se ha de recorrer á veces una distancia de veinte kilómetros para obtenerla. A mayor abundamiento, la langosta visita con mucha frecuencia el país, y ahora hace ya tres años que no se ha obtenido cosecha. Algunos colonos se han arruinado, otros están agobiados por las deudas, y no pocos han debido ausentarse; de modo que el gobierno se ha visto en la precision de reconocer que el territorio no es propio para la agricultura. ¡Tal es el país que se elogiaba á los emigrantes, representándole como un Eldorado!

LA PLATA.—Se ha resuelto definitivamente que la capital de la provincia de Buenos Aires sea La Plata, pueblecillo insignificante situado á orillas de un gran rio, y que no es en realidad más que un arrabal lejano de Buenos Aires, con pocas probabilidades de llegar á ser una gran ciudad.

NORDENSKIOLD.—Dícese en Holanda que este célebre viajero de los mares polares reclama la recompensa de 25,000 florines, prometida para el primero que diera indicaciones precisas sobre el paso del polo Norte.

Este premio se ofreció por primera vez, hace unos dos siglos y medio, por los Estados Generales neerlandeses, sin que nunca se haya retirado la promesa hecha por aquel gobierno.

De aquí resulta que el actual viene obligado á cumplir hoy lo ofrecido y que Nordenskiold tiene bien fundada su demanda.

La revista la *Exploracion*, de la que tomamos estas líneas, da la noticia con toda reserva.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN